

NEUROPSIQUIATRÍA

Hasta comienzos del siglo pasado, la actividad profesional en neurología, psiquiatría y neuropatología no tenía fronteras bien definidas. El mejor ejemplo es el de Alois Alzheimer quien, siendo psiquiatra, describió en la primera década del siglo XX, la morfología e histopatología de la enfermedad que actualmente lleva su nombre.

Según F. Plum, “el famoso psiquiatra Sigmund Freud comenzó como neurólogo infantil y hasta después dedicó su vida al estudio del subconsciente de la mente y su influencia en la conducta humana.” Con vistas a ejercitar su actividad médica—nos dice Dieter Wyss--, Freud se hizo médico ayudante del Hospital General de Viena, continuando siempre con sus estudios fisiológicos e histológicos sobre el sistema nervioso central del hombre” la formación del creador del psicoanálisis era pues, en un principio, científico natural.

Gradualmente—nos sigue diciendo Plum—fue apareciendo un marcado interés entre quienes se dedicaban a los trastornos con una base neurológica o psicológica. A los primeros corresponden los neurólogos; en tanto que en el segundo grupo encontramos a los psiquiatras, quienes aprendieron a hablar y a escuchar a fin de allanar el sufrimiento de de sus pacientes. Esta distinción se hizo más ostensible después de la segunda Guerra Mundial. Sin embargo, desde 1970 nace el interés por la Neuropsiquiatría, especialidad que, para Barry S. Fogel “comprende el estudio científico y el tratamiento médico de los aspectos psiquiátricos de enfermedades neurológicas y una aproximación a los desórdenes psiquiátricos con

énfasis en una disfunción cerebral.”(3)

El psicoanálisis, tal como lo concibió y lo expuso en sus trabajos Freud en los últimos tres lustros del siglo XIX y el primer cuarto del siglo XX, se convirtió en una valiosa herramienta que tuvo gran influencia en la comprensión, diagnóstico y tratamiento de las enfermedades mentales, especialmente aquellas que se conocieron como “neurosis.” Muchos de sus discípulos continuaron las pautas establecidas por el maestro; en tanto otros, se separaron de sus principios básicos y crearon, por decirlo así, su propia escuela. Son conocidos los casos de Alfred Adler y de C.G. Jung. Al primero se le considera orientado a una psicología individual, en tanto el segundo promovió una psicología profunda de orientación filosófica. Uno de los seguidores de Freud, Erich Fromm, orientó su formación en un sentido antropológico filosófico y sus trabajos son conocidos mundialmente por aplicar el psicoanálisis al estudio de las sociedades. Una de sus obras más conocidas se titula “Psicoanálisis de la sociedad contemporánea.”

En Honduras la enseñanza de la psiquiatría llegó con más de un siglo de retraso a las aulas universitarias (1948), si se compara con algunos países europeos (Alemania, Francia, Inglaterra), donde el examen general para los estudiantes de medicina contemplaba preguntas sobre esta especialidad ya a comienzos del siglo XIX. La primera sala para enfermos mentales en nuestro país data de 1926, que luego se incorpora al “Asilo de Indigentes.” En la década de los años cincuenta se funda el Hospital Neuropsiquiátrico, contiguo al Hospital San Felipe. En esta institución se brinda

tratamiento a pacientes provenientes de todo el país. A los psicóticos y agresivos se les mantiene en salas de aislamiento y en algunos casos se recurrió a la psicocirugía. El shock insulínico y el electroshock eran recursos terapéuticos para esquizofrénicos y maníaco-depresivos. Los epilépticos recibían bromuros y barbitúricos. Ante la escasez de medicamentos apropiados se aplicó, tal como recomendaban algunos textos franceses de finales del siglo XIX, el famoso “absceso de fijación”, que consistía en la inyección de una sustancia (trementina) en la región glútea, lo cual provocaba una reacción inflamatoria de la zona y elevaciones térmicas en el enfermo. Con este tratamiento, que ahora nos parece muy primitivo, se lograba el sosiego de los pacientes agitados.

Actualmente contamos con el postgrado de esta especialidad y los jóvenes psiquiatras egresan con una sólida formación científica en el manejo de los enfermos, ya sea mediante alguna forma de psicoterapia o el empleo de psicofármacos efectivos, tal como se usa en países con mayor desarrollo económico. También reciben, durante sus años de estudio, algunas clases fuera del ambiente hospitalario, con el fin de familiarizarse con los problemas de salud mental en la comunidad.

Ante el modelo de atención psiquiátrica en el mundo occidental, surgió en las décadas de los años sesenta y setenta una corriente de pensamiento que se denominó “Anti psiquiatría”. Sus pioneros fueron Ronald Laing y Thomas Cooper, en Inglaterra; Thomas Szasz, en Estados Unidos y Franco Basaglia, en Italia. Estos autores sostenían “que la sociedad y sus instituciones eran las causantes de la psicopatologización del individuo y llamaban a los psiquiatras modernos inquisidores. Para ellos la enfermedad psiquiátrica era un mito.” Esta postura, considerada anticientífica por las escuelas oficiales, logró, sin embargo, la modificación de la asistencia psiquiátrica en muchos países.

En el presente Número nuestra Revista ofrece al lector diversos trabajos que, estamos seguros, enriquecerán la visión de estos temas, pues tratan sobre el diario quehacer de quienes trabajamos en el área de la salud. Tres de los artículos que se presentan guardan relación con la especialidad conocida como Neuropsiquiatría, de la cual hicimos una semblanza en los párrafos anteriores.

Dagoberto Espinoza Murra
Profesor del Departamento de Psiquiatría